

EL HOMBRE Y LA MÁQUINA

El hombre y la máquina
Universidad Autónoma de Occidente
maquina@uao.edu.co
ISSN (Versión impresa): 0121-0777
COLOMBIA

2008
Jean Paul Margot / Yuliana Leal Granobles
LA LIBERTAD DE PENSAMIENTO EN LA MORAL CARTESIANA
El hombre y la máquina, enero-junio, número 030
Universidad Autónoma de Occidente
Cali, Colombia
pp. 32-43

Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal

Universidad Autónoma del Estado de México

<http://redalyc.uaemex.mx>



La libertad de pensamiento en la moral cartesiana

JEAN PAUL MARGOT¹
YULIANA LEAL GRANOBLES²



«Mundos est fabula». Retrato de Descartes confeccionado por J.B. Weenix en 1647.

“Vivir sin filosofar equivale a tener los ojos cerrados sin alentar el deseo de abrirlos; no obstante, el placer de observar todas las cosas que nuestra vista descubre, no es comparable en modo alguno a la satisfacción que genera el conocimiento de lo que la Filosofía descubre; más aún, este estudio es más necesario para reglar nuestras costumbres y nuestra conducta en la vida de lo que lo es el uso de los sentidos para guiar nuestros pasos”.

RENÉ DESCARTES.
Los principios de la filosofía,
Carta Prefacio. A.T., IX-2, 3-4.

¹ Profesor titular del Departamento de Filosofía de la Universidad del Valle. Líder de la Línea de Investigación Daimón, perteneciente al Grupo Praxis, reconocido por Colciencias en categoría A, 2006. jpmargot@cablenet.co

² Estudiante de Maestría en Filosofía de la Universidad del Valle. Miembro de la Línea de Investigación Daimón. lianaleg@yahoo.com.mx

Fecha de recibo: noviembre 6 de 2007

Fecha de aceptación: marzo 14 de 2008

Resumen

En la ética cartesiana la libertad es, en un sentido positivo, el principio de la acción moral. Se trata de la capacidad que posee el hombre para autodeterminarse y hacer uso de su propia razón. Esto implica que la felicidad y la generosidad dependen exclusivamente del hombre y no requieren del concurso divino de la Providencia. Esta formulación de la libertad cartesiana es un preámbulo de la consigna kantiana ¡*Sapere Aude!* ¡Ten valor de servirte de tu propio entendimiento!, que es la divisa de la Ilustración.

Palabras clave

Libertad, pensamiento, razón, moral.

Abstract

In Cartesian ethics freedom is, in a positive sense, the principle of moral action. It concerns man's capacity for self-determination and of being able to use his own reason. This implies that happiness and generosity depend exclusively on man and do not require the divine aid of Providence. This formulation of Cartesian freedom is a precursor of the Kantian slogan: *Sapere Aude!* Have the courage of using your own understanding which is the Illustration's catchword.

Key words

Freedom, thought, reason, morality

En la filosofía cartesiana es muy famosa la imagen del árbol del conocimiento: la filosofía es como un árbol cuyas raíces son la Metafísica, el tronco es la Física y las ramas son la Mecánica, la Medicina y la Moral. Con esta imagen Descartes proclama el lema de “la unidad de la ciencia” y echa por tierra el principio aristotélico de la incomunicabilidad de los géneros.³ Descartes destruye la concepción aristotélica de la ciencia y sus supuestos filosóficos, para abrir un nuevo camino hacia la búsqueda de la verdad, y poder establecer algo firme y constante en las ciencias.

Para lograr este propósito, Descartes decide someter a examen todas sus creencias a través de la duda hiperbólica. Pero, antes de emprender esta tarea, considera que es necesario tener una *moral de provisión* hasta encontrar los principios de una *moral definitiva*. Descartes piensa que una *moral de provisión* le permite guiar su conducta mientras dura el examen de sus creencias. La duda hiperbólica es utilizada únicamente para poner entre paréntesis los juicios pero no las acciones, ya que en la vida práctica el hombre debe resolverse a tomar decisiones y a actuar. De esta manera, la irresolución queda

3 Aristóteles, en los *Segundos analíticos*, estudia la demostración en cuanto procedimiento adecuado de organización y transmisión del conocimiento científico. Para el estagirita, las premisas de una demostración científica deben cumplir el principio de la *incomunicabilidad de los géneros*, es decir, las premisas de una demostración deben ser propias o particulares del género de la ciencia en cuestión. Las premisas no deben ser tomadas de otra ciencia, porque si el término medio es conmensurable con otro género entonces no sería necesario y pasaría a ser más bien un accidente. Véase los *Segundos analíticos*, Libro I, cap. 7, 75 a 38- 75 b 20: “Por tanto no es posible demostrar pasando de un género a otro, v.g.: demostrar lo geométrico por la aritmética. En efecto, son tres los elementos que se dan en las demostraciones: uno, lo que se demuestra, la conclusión (esto es lo que se da, en sí, en algún género); otro, los axiomas (hay axiomas a partir de los cuales se demuestra); el tercero, el género, el sujeto del cual la demostración indica las afecciones y los accidentes en sí. Así, pues, los axiomas a partir de los cuales se hace la demostración deben ser los mismos; en cambio, las cosas cuyo género es distinto, como la aritmética y la geometría, no es posible que la demostración aritmética se adapte a los accidentes de las magnitudes, si las magnitudes no son números”. Como podemos ver, las proposiciones geométricas no pueden demostrarse mediante premisas aritméticas, porque las magnitudes espaciales no son números. De esta manera, los extremos y los medios de las premisas de una demostración deben pertenecer al mismo género. Las premisas de una ciencia pueden ser utilizadas en otra ciencia solamente cuando el contenido de la última cae bajo la primera, como es el caso de la óptica y la armonía, que son aplicaciones de la geometría y la aritmética respectivamente.

suprimida por la *moral de provisión*, indispensable para no convertir la actividad dubitativa en una negación de la acción moral.

Descartes procede a dudar de todo, no sólo de las autoridades y de las apariencias del mundo sensible, sino también de las verdades matemáticas. La duda metódica es llevada hasta sus últimas consecuencias con la hipótesis del genio maligno, introducida por Descartes para agotar todas las posibles dubitaciones. Una vez realizada esta duda metódica, en la que Descartes piensa en la posibilidad de toda suerte de falsedades, advierte que hay algo de lo cual no es posible dudar, esto es, que el propio sujeto piensa. La duda se detiene ante la evidencia de que al dudar se piensa que se duda. De esta forma, Descartes llega a la primera certeza de la razón: el *cogito* (yo pienso).

Cuando Descartes llega a esta evidencia, concibe al hombre como pensamiento. Pero el pensamiento es libre, porque la libertad es la condición de posibilidad del ejercicio de la duda. Esta libertad de pensamiento es como el hilo conductor entre la Metafísica y la Moral; si recordamos la imagen del árbol del conocimiento, la libertad es como la savia bruta que, desde las raíces, se encarga de nutrir la rama de la moral. El propósito del siguiente texto es exponer por qué la ética cartesiana puede ser entendida como una moral de la libertad del pensamiento.

El hombre tomado como *cogito*

Cuando Descartes se halla inmerso en su segundo día de

meditación se plantea una de las preguntas más trascendentales de la existencia humana: “¿Qué es lo que antes yo creía ser? Un hombre, sin duda. Pero ¿qué es un hombre?”⁴ La pregunta por el hombre no es una pregunta original de la filosofía cartesiana, ya había sido planteada en la antigüedad y se hallaba también explícita en la filosofía agustiniana.⁵ Descartes plantea la pregunta por el hombre a partir de un problema de conocimiento. Cuando Descartes examina sus creencias para encontrar alguna cierta, se percató de que hay algo de lo cual no puede dudar, esto es, de que el propio sujeto piensa. Pero si el sujeto piensa es porque *existe*. De esta manera, el filósofo francés llega a la siguiente conclusión: “Tras pensarlo bien y examinarlo todo cuidadosamente, resulta que es preciso concluir y dar como cosa cierta esta proposición: yo soy, yo existo, es necesariamente verdadera, cuantas veces la pronuncio o la concibo en mi espíritu”.⁶

Descartes, después de llegar a la conclusión “yo soy, yo existo”, se pregunta ¿qué es el yo? La respuesta a esta pregunta debe ser una respuesta que haya pasado por el severo examen de la duda. En la primera meditación, Descartes muestra que podemos dudar de la existencia del cuerpo y de sus atributos y, por tanto, los atributos corporales no son los que definen el yo. Pasa a examinar los atributos del alma, para hallar aquel que le es esencial. Encuentra que entre todos los atributos del alma, tan sólo el pensamiento le pertenece y por tanto, el yo es tan sólo pensamiento. El pensamiento o el *cogito*

4 Descartes, René. *Meditaciones metafísicas*, A.T. IX-1, 20. Para citar las obras de Descartes recurriremos a la edición *Oeuvres de Descartes* publicadas por Charles Adam & Paul Tannery (12 volúmenes, París, 1897-1909), nueva edición, 13 volúmenes, París, Librairie Philosophique J.Vrin, 1996. Usaremos las iniciales A.T, y señalaremos el número del volumen (en caracteres romanos), seguido del número de la página.

5 En la Antigüedad, Píndaro (518-438 a.C.) ya se había planteado la pregunta por el hombre en sus poemas: “¿Qué es el hombre? ¿Qué no es? No es más que la sombra de un sueño. Pero cuando Júpiter le concede la gloria, una brillante luz, un rayo de alegría ilumina su vida” (*Pítica* 8). La pregunta por el hombre se halla también presente en la filosofía medieval. Veamos a continuación un fragmento de *Las Confesiones* de San Agustín: “¿Qué soy, pues, Dios mío? ¿Cuál es mi naturaleza? Una vida siempre cambiante, multiforme e inabarcable” (*Las Confesiones*. Libro X, Cap. 17).

6 *Meditaciones metafísicas*, A.T. IX-1, 19.

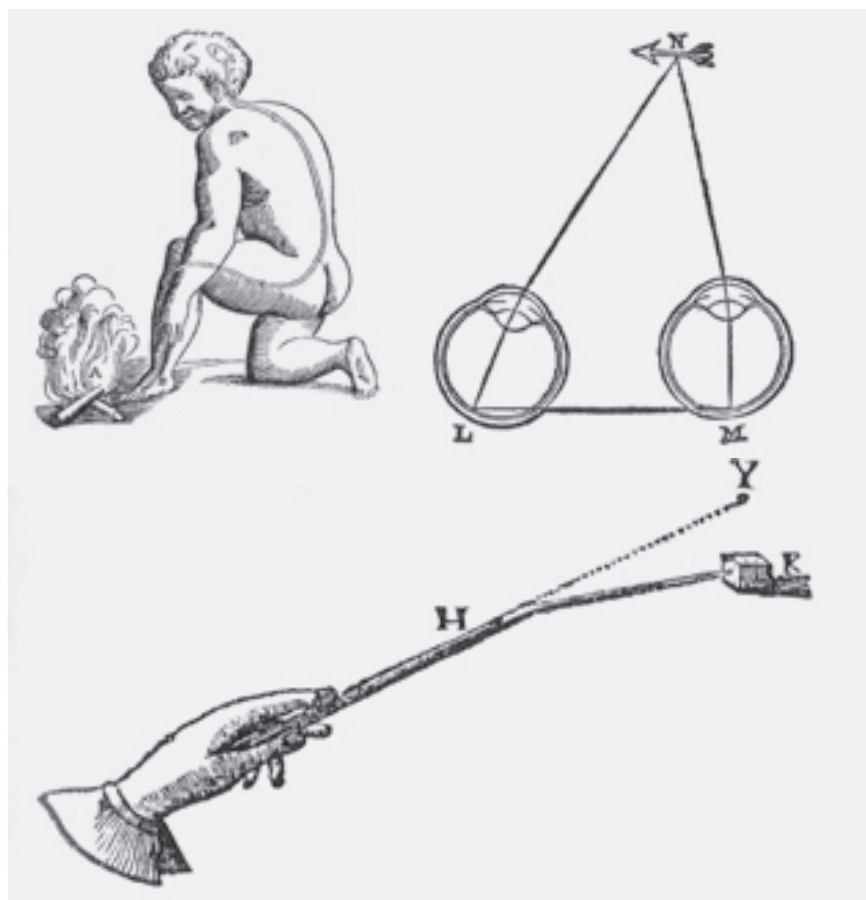
es toda actividad de conciencia: entender, querer, imaginar, sentir, afirmar, negar, etc. Al respecto, Descartes dice lo siguiente: “¿Qué soy, entonces? Una cosa que piensa. Y ¿qué es una cosa que piensa? Es una cosa que duda, que entiende, que afirma, que niega, que quiere, que no quiere, que imagina también, y que siente”.⁷

La formulación del *cogito* en las *Meditaciones metafísicas* pone de manifiesto que Descartes alcanza primero la certeza de su pensamiento y luego se pregunta por la naturaleza de ese yo que existe. El punto de partida de la reflexión cartesiana es la experiencia ontológica del yo como algo existente. Descartes señala que, entre todos los atributos del alma, tan sólo el pensamiento le pertenece y no puede ser separado del yo. De esta manera, tengo la seguridad de que pienso porque el pensamiento no puede estar separado de un yo cuya existencia ha sido afirmada con anterioridad.

En las *Meditaciones metafísicas*, Descartes considera que el yo es una sustancia cuya esencia es el pensamiento. Señala que el pensamiento es el atributo esencial que define a esa sustancia. De esta manera, el *cogito* es el atributo principal del alma que define al hombre en cuanto tal. Ahora bien, la moral cartesiana fundada metafísicamente, debe tener como punto de partida un determinado concepto de hombre. El punto de partida de nuestra interpretación es el concepto de hombre cuyo atributo esencial es el “pensamiento”.

La duda y la libertad de pensamiento

Descartes, al poner en duda sus creencias, se percata de que

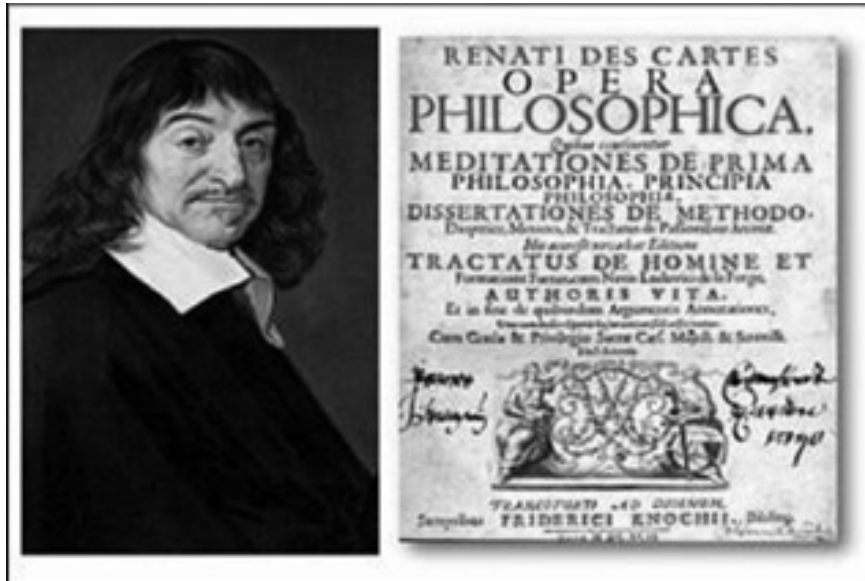


Gráficos tomados del *Traité de l'homme*, de René Descartes

hay algo de lo cual no puede dudar, esto es, de que el hombre piensa. El hombre puede dudar de la existencia de lo que ve, imagina o siente, pero no puede dudar del acto de pensar y, para pensar tiene que existir. En el *Resumen de las seis meditaciones*, Descartes agrega lo siguiente: “En la segunda meditación, el espíritu, que usando de su propia libertad, supone que no existen todas las cosas de cuya existencia cabe la menor duda, reconoce que es absolutamente imposible que él mismo, sin embargo, no exista”.⁸ Si nos preguntamos: ¿por qué Descartes pudo poner en duda sus creencias?, podríamos responder que la suspensión del juicio es posible gracias a la libertad que Descartes posee de dudar. De esta manera, el filósofo

⁷ *Ibid.*, A.T. IX-1, 22.

⁸ *Ibid.*, A. T. IX-1, 9.



francés considera que la libertad es la condición de posibilidad de la duda hiperbólica.

En la filosofía cartesiana, “la libertad es la principal perfección del hombre”. Descartes considera que Dios posee una voluntad y un entendimiento ilimitados, mientras que el hombre posee una voluntad ilimitada, pero un entendimiento limitado. Esta voluntad o libertad de arbitrio hace que el hombre guarde con Dios una relación de imagen y semejanza:

“Tampoco puedo quejarme de que Dios no me haya dado un libre arbitrio, o sea, una voluntad lo bastante amplia y perfecta, pues claramente siento que no está circunscrita por límite alguno [...] Sólo la voluntad o libertad de arbitrio siento ser en mí tan grande, que no concibo la idea de ninguna otra que sea mayor: de manera que ella es la que, principalmente, me hace saber que guardo con Dios cierta relación de imagen y semejanza”.⁹

Descartes piensa que la libertad es una noción evidente de la cual no hay la menor duda, ya que sin ella no sería posible la elección.¹⁰ Define la noción de libertad remitiéndose al testimonio de nuestra conciencia; nuestra propia experiencia basta para sabernos libres, en otras palabras, conocemos la libertad por medio de la sola experiencia que de ella tenemos a partir de la conciencia o actividad del *cogito*. A pesar de que Dios haya preordenado todas las cosas, nosotros estamos tan seguros de la libertad de arbitrio, ya que nuestro entendimiento la percibe como algo evidente: “Estamos tan seguros de nuestra libertad y de la indiferencia que en nosotros existe que nada hay que conozcamos más claramente; así pues, la omnipotencia de Dios no nos debe impedir creer en nuestra libertad”.¹¹

En la filosofía cartesiana la noción de libertad es sumamente amplia y compleja. Parece mejor, pues, estudiar por lo pronto en qué sentidos primarios puede entenderse la noción de libertad. Pueden distinguirse los sentidos siguientes:

1. En las *Meditaciones metafísicas*, Descartes concibe la libertad, en un sentido negativo, como ausencia de impedimentos. Desde esta perspectiva, Descartes señala que la voluntad o la libertad de arbitrio consiste en que “obramos de manera que no nos sentimos constreñidos por ninguna fuerza exterior”.¹² En otras palabras, la voluntad da su asentimiento, sin estar necesariamente sujeta a una compulsión externa. Anthony Kenny considera que esta noción de libertad también es conocida como “libertad de espontaneidad” en el

⁹ *Ibid.*, A. T. IX-1, 45.

¹⁰ Descartes, René. *Los principios de la filosofía*, Parte primera, Art. 39, A. T. IX-2, 41.

¹¹ *Ibid.*, Parte primera, Art. 41, A. T. IX-2, 42.

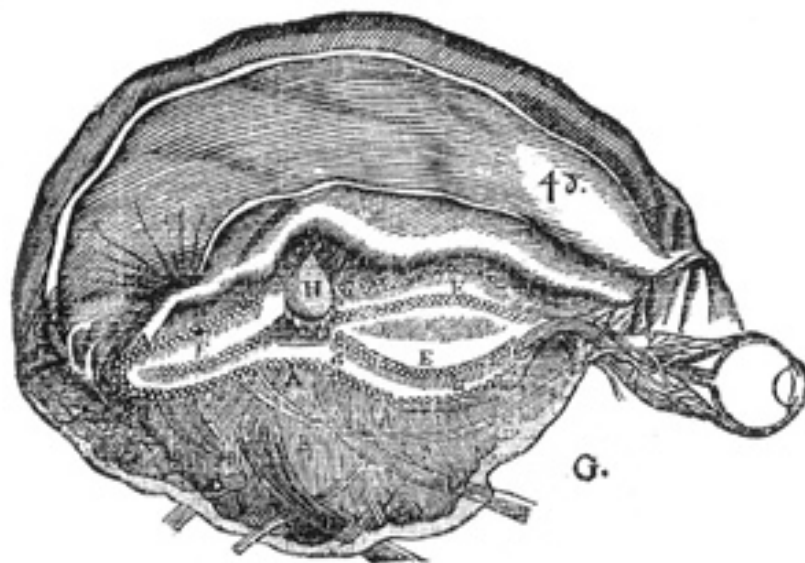
¹² *Meditaciones metafísicas*, A. T. IX-1, 46.

sentido de que somos libres para hacer algo si y sólo si lo hacemos porque lo queremos.¹³

2. En el contexto también de las *Meditaciones metafísicas*, Descartes pasa de la libertad como elección entre posibles, a lo que algunos comentaristas llaman “la libertad esclarecida”, donde la elección está en función del conocimiento de la verdad o del bien: “Para ser libre, no es requisito necesario que me sean indiferentes los dos términos opuestos de mi elección; ocurre más bien que, cuanto más propendo a uno de ellos –sea porque conozco con certeza que en él están el bien y la verdad, sea porque Dios dispone así el interior de mi pensamiento– tanto más libremente escojo”.¹⁴

3. En las *Meditaciones metafísicas*, Descartes reconoce que en el hombre hay una libertad de indiferencia negativa. En este contexto, la *indiferencia negativa* es el grado más bajo de la libertad, es decir, cuando al hombre le da lo mismo hacer una cosa o su contraria, cuando actúa sin ninguna razón. Descartes señala que la *indiferencia negativa* es el resultado de la ignorancia, pues, en la medida en que el hombre conoce lo bueno y lo verdadero, no podrá ser indiferente:

“Esta indiferencia que siento, cuando no soy llevado hacia un lado más bien que hacia otro por el peso de alguna razón, es el grado más bajo de la libertad, y más bien manifiesta un defecto en el conocimiento que una perfección en la voluntad, pues si yo conociera siempre claramente lo que es verdadero y lo que es bueno, jamás me tomaría el trabajo de deliberar acerca de



Glándula pineal. Gráfico tomado de las *Oeuvres de Descartes*, publicadas por Charles Adam & Paul Tannery

qué juicio debería formar y qué elección hacer; y, de ese modo, yo sería enteramente libre, sin ser jamás indiferente”.¹⁵

Para Descartes es evidente que de “una gran claridad del entendimiento se deriva una fuerte inclinación de la voluntad”. Así, por ejemplo, cuando Descartes examina sus creencias con el fin de encontrar alguna cierta, se percató de que hay algo de lo cual no puede dudar, esto es, de que el propio sujeto piensa, pero si el sujeto piensa es porque *existe*. De esta manera, el filósofo llega a la conclusión “yo soy, yo existo”. Para Descartes esta conclusión es verdadera por la siguiente razón: “No podía dejar de juzgar que una cosa que concebía tan claramente fuera verdadera, no porque me encontrase forzado por alguna causa exterior, sino solamente porque de una gran claridad que había en mi entendimiento se deriva una gran inclinación de mi voluntad. Y he sido inclinado a creer con

13 Kenny, Anthony., Will, Freedom and Power, Oxford, Basil Blackwell, 1975, p.122.a

14 *Meditaciones metafísicas*, A.T. IX-1, 46.

15 *Ibid.*, A.T. IX-1, 46.

tanta libertad cuanto menor fue mi indiferencia”.¹⁶ Por tanto, en las *Meditaciones metafísicas* la indiferencia es el resultado de la ignorancia, pues, en la medida en que el hombre conoce lo bueno y lo verdadero no podrá ser indiferente.

4. En las *Cartas a Mesland* de 1644 y de 1645, Descartes considera que hay una *indiferencia positiva* que no está determinada por el conocimiento claro y distinto y por tanto, nosotros podemos escoger libremente lo falso y lo malo en presencia de lo bueno y lo verdadero:

“Y para exponer más rotundamente mi opinión quisiera notar que en mi parecer la indiferencia significa propiamente aquel estado en que se halla la voluntad cuando no la impulsa hacia un lado más que otro ninguna percepción de lo verdadero o de lo bueno, y así la tomé cuando escribí que es el grado ínfimo de libertad con que nos determinamos a las cosas que nos son indiferentes. Pero quizás otros entienden por indiferencia la facultad positiva de determinarse a cualquiera de los dos contrarios, por ejemplo, a perseguir o huir, afirmar o negar. Pero no negué que esta facultad positiva existe en la voluntad. Antes bien, pienso que existe no sólo en relación a aquellos actos a los que no la impulsa hacia una parte más que a otra ninguna razón evidente, sino también en relación a todos los demás; de tal modo que cuando una razón muy evidente nos mueve hacia un lado, aunque, hablando moralmente, apenas podamos dirigirnos hacia el contrario, sin embar-

go, hablando absolutamente, podemos hacerlo. Pues siempre nos está permitido apartarnos de la persecución de un bien claramente conocido, o admitir una verdad clara únicamente, con tal que pensemos que es bueno atestiguar mediante esto la libertad de nuestro libre arbitrio”.¹⁷

La *indiferencia positiva* es una autodeterminación de la voluntad, es decir, es un acto por medio del cual el libre albedrío se determina a actuar, aunque no posea un conocimiento claro y distinto. Esta noción cartesiana de la libertad es una concepción original, que convierte esta libertad en el poder de elegir el mal y el error, en vez de lo bueno y lo verdadero.

5. En *Las pasiones del alma* (1649), Descartes concibe la libertad en un sentido positivo, como completamente autónoma. Esto implica que la felicidad depende exclusivamente del hombre y no requiere del concurso divino de la Providencia. Se trata de la libertad que posee el hombre para autodeterminarse y hacer uso de su propia razón. Descartes considera que “sólo hay en nosotros una cosa que puede autorizarnos a estimarnos, a saber, el uso de nuestro libre arbitrio y el dominio que tenemos sobre nuestras voliciones; pues sólo por las acciones que dependen de este libre arbitrio podemos ser alabados o censurados; y nos hace en cierto modo semejantes a Dios haciéndonos dueños de nosotros mismos, con tal de que no perdamos por cobardía los derechos que nos da”.¹⁸

Como podemos ver, la concepción cartesiana de la libertad evoluciona en el transcurso de sus obras. En las *Meditaciones*, Des-

¹⁶ *Ibid.*, A.T. IX-1, 47.

¹⁷ Descartes, René. *Carta a Mesland del 9 de febrero de 1667*, A.T. IV, 174.

¹⁸ Descartes, René. *Las pasiones del alma*, Art., 152, A.T., XI, 445.

cartes concibe la libertad, en un sentido negativo, como ausencia de impedimentos. Mientras que en *Las pasiones del alma* Descartes comprende la libertad en un sentido positivo como principio de la acción moral. Lo mismo ocurre con el concepto de libertad de indiferencia. Mientras que, en las *Meditaciones*, la indiferencia es el fruto de la ignorancia de lo que es verdadero y bueno, en las *Cartas a Mesland* de 1645, Descartes reconoce que en el hombre hay un poder positivo de elección, que también puede ser llamado indiferencia, que no está determinado por un conocimiento claro y distinto.

La moral cartesiana

Descartes elabora una moral con el propósito de conducir bien su libertad y regular los deseos suscitados por las pasiones del alma. Él considera que en la vida práctica el hombre vive sujeto a opiniones, y que para vivir bien debe juzgar y actuar de acuerdo con la mejor opinión posible. Descartes construye una *moral de provisión*. Pero esta moral no se puede sustituir por otra, sino que debe ser completada o perfeccionada. La *moral de provisión* está constituida por cuatro máximas.

“La primera consiste en obedecer las leyes y costumbres de mi país, manteniendo con firmeza la religión en la que Dios me concedió la gracia de ser instruido desde mi infancia, y gobernándome en todo siguiendo las opiniones más moderadas y más alejadas del exceso, que fuesen comúnmente recibidas en la práctica por los más sensatos entre aquellos con quienes tendría

que vivir”.¹⁹ El hombre en la vida práctica debe crear las condiciones para su adaptación social, siguiendo las opiniones más prudentes hasta encontrar otras mejores.

La segunda máxima puede resumirse en una sola palabra: la resolución.²⁰ En la vida práctica, el hombre debe imitar a los viajeros que cuando se encuentran perdidos en un bosque, no deben quedarse irresolutos en un solo lugar. La resolución es un acto de la voluntad que le permite al viajero encontrar un camino para salir del bosque. La resolución es un acto de la voluntad que combate la excesiva irresolución, entendiendo por irresolución la negación de la vida moral que nos conduce a no obrar. De esta manera, en la vida ética el hombre debe tomar decisiones y actuar. La voluntad o libre arbitrio es la que impulsa al hombre a tomar decisiones y a determinarse a sí mismo, ya que la voluntad del hombre no está sujeta a la Providencia.

La tercera máxima tiene una profunda influencia de los filósofos estoicos. Descartes retoma la distinción estoica entre “lo que depende de nuestra voluntad” y “lo que no depende de nosotros”. El filósofo francés considera que lo que depende de nosotros son nuestros pensamientos y éstos pueden ser acciones o pasiones. Es importante tener en cuenta que para Descartes, el alma no está dividida en una parte racional y en una parte irracional, sino que el alma es una sola. Así, la voluntad en el hombre no es algo irracional y tampoco lo son sus pasiones. Sin embargo, hay que ordenar y regular en nuestra alma los deseos que suscitan las



19 Descartes, René. *Discurso del método*. A.T, VI, 23.

20 *Ibid.*, A.T, VI, 24.

pasiones, ya que éstos en un determinado momento pueden ser un obstáculo para el contento perfecto del espíritu.²¹

La cuarta máxima consiste en “emplear toda la vida en cultivar la razón y avanzar en el conocimiento de la verdad, siguiendo el método prescrito”.²² Esta máxima señala el paso de *la moral de provisión* hacia *la moral definitiva*. En el cultivo de mi razón descubro las cosas que dependen de mí y las cosas que no lo hacen, logrando el contento perfecto del espíritu. La *moral definitiva* no sustituye la *moral de provisión*, sino que la complementa. En la *moral definitiva* el uso constante de la razón se convierte en una virtud. Por cierto, una virtud que consiste en la firmeza y constancia de la resolución orientada por los consejos de la razón.

En el *Discurso del método*, Descartes construye una moral de provisión para asegurar el ejercicio de su libertad de pensamiento. El hombre posee un pensamiento libre. Si no fuera libre, nunca hubiera podido dudar. Aquí la libertad de pensamiento no significa la libertad del hombre de hacer lo que le plazca o pensar lo que quiera, sino la capacidad o el poder que tiene de servirse de su propia razón y autodeterminarse para escoger una cosa o su contraria. Nuestra interpretación es que la libertad de pensamiento no sólo supone el uso de la razón, sino también el uso de la voluntad. En la moral cartesiana, el hombre debe hacer uso de su razón para distinguir lo bueno y lo malo en sus acciones, y también debe orientar la voluntad. La voluntad, al ser orien-

tada por nuestra razón, es capaz de autocontrolar las pasiones, ya que ellas pueden ser un obstáculo para el perfecto contento del espíritu.

Con respecto a esas máximas de la moral de provisión, Descartes considera que “al habernos dado Dios a cada uno alguna luz para distinguir lo verdadero de lo falso, no hubiera creído tenerme que contentar un solo momento con las opiniones de otro, si no me hubiese propuesto emplear mi propio juicio para examinarlas cuando fuera oportuno; y no me hubiera podido librar de escrúpulos al seguirlas, si no hubiese esperado que con ello no perdía ocasión de encontrar otras mejores, en caso de que las hubiese”.²³ En otras palabras, Descartes se guiará, provisionalmente, por las opiniones más moderadas y prudentes. Esto le permite preservar intacta su libertad de pensamiento para examinar esas opiniones a su debido momento. El carácter provisional de estas máximas asegura la libertad de modificar la acción en el futuro, ya que si la acción es modificable en el futuro, por decidida que sea su ejecución en el presente, será moralmente aceptable. Esto pone de manifiesto que las acciones morales son voluntarias y el hombre posee la libertad de modificarlas cuando sea oportuno.

Ocho años después de haber enunciado las máximas de la moral de provisión, Descartes las retoma con algunos matices en la moral definitiva, en la carta a Elizabeth del 4 de agosto de 1645. Descartes introduce un cambio especialmente significativo en la formulación de la primera regla. Mientras en el *Dis-*

21 Véase el artículo 144 de *Las pasiones del alma*: “Pero, como estas pasiones no nos pueden llevar a ninguna acción sino por medio del deseo que suscitan, es particularmente este deseo lo que debemos cuidarnos de regular, y en esto consiste la principal utilidad de la moral; ahora bien, así como acabo de decir que el deseo es siempre bueno cuando le precede un verdadero conocimiento, no puede menos de ser malo cuando se funda en algún error. Y me parece que, en lo que se refiere a los deseos, el error que más generalmente se comete es que no distinguimos bastante las cosas que dependen enteramente de nosotros de las que no dependen en absoluto [...]” (A.T. XI, 436).

22 *Discurso del método*, A.T., VI, 27.

23 *Ibid.*, A.T., VI, 27-28.

curso hablaba de regir su conducta según las opiniones de los hombres más sensatos, ahora aconseja a Elizabeth que “cada uno trata de servirse siempre, lo mejor que pueda, de su espíritu, para conocer lo que debe hacer o no en todas las circunstancias de la vida”.²⁴ Esta formulación refuerza, así, el sentido de la moral cartesiana entendida como autonomía o libertad del pensamiento y se convierte en un preámbulo de la consigna kantiana “*¡Sapere aude!* ¡Ten valor de servirte de tu propio entendimiento!”, que es la divisa de la Ilustración.

La autonomía moral

En *Las pasiones del alma*, Descartes considera que las acciones humanas son producidas por tres causas: primero, por la voluntad; segundo, por la excitación de los sentidos debido a los objetos exteriores y, tercero, por los “espíritus animales” que fluyen en la sangre por todo el cuerpo y pasan al alma a través de la glándula pineal. Descartes piensa que en el alma hay apetitos naturales y pasiones que impulsan al hombre a realizar una acción. La voluntad es la única facultad que puede realizar el esfuerzo de modificar, cuando puede, las acciones de las pasiones y apetitos como, por ejemplo, cuando se tiene la voluntad de ser valiente, se logra dominar el miedo. Pero en muchas ocasiones las acciones que son producidas por los apetitos y las pasiones son involuntarias como la tensión que se produce en los músculos ante el temor de un ataque inminente.

Descartes señala que en el hombre es natural tener apetitos y pasiones que junto con la voluntad, lo mueven hacia una acción determinada. Para él, el deseo de satisfacer esos apetitos y pasiones está inscrito en la naturaleza del

hombre, y este deseo está emparentado con la noción de que el placer es un bien. El placer se produce por las acciones de aquello que es bueno para el alma o para el cuerpo. Por ejemplo, cuando el hombre es saludable, siente alegría en su alma; cuando está enfermo, siente tristeza y, de esta manera, el placer que proviene de la salud es un bien para el alma. Para Descartes es natural que el hombre busque el placer y evite el dolor. Por ejemplo, podemos sentir placer cuando somos conmovidos por pasiones suaves y delicadas como cuando nos sentimos contentos al recordar placeres pasados o las penas que se pudieron sortear.

De todo lo anterior se desprende la concepción cartesiana de la libertad del hombre, que consiste en el uso de la libertad del pensamiento para conocer los apetitos naturales y las pasiones del alma, con el fin de que el hombre pueda mover su voluntad en la elección del bien o del mal, del placer o del dolor. En esta concepción, la libertad puede ser entendida en un sentido positivo como completamente autónoma. Esto implica que la felicidad y la generosidad dependen exclusivamente del hombre y no requieren del concurso divino de la Providencia. Descartes es enfático al indicar cómo debemos sentirnos plenamente satisfechos en la vida con respecto a la felicidad:

“Creo que la verdadera generosidad, que hace que un hombre se estime en el más alto grado que puede legítimamente estimarse, consiste en parte, en que conoce que esta libre disposición de sus voluntades es lo único que le pertenece y que solamente por el uso bueno o malo que haga de esa libre disposición puede ser alabado o censurado, y en parte en que siente en sí mismo una firme y constante



24 Descartes, René, *Carta a Elizabeth del 4 de agosto de 1645*, A.T., IV, 265.

resolución de hacer lo bueno, es decir, de no carecer nunca de voluntad para emprender y ejecutar todas las cosas que juzgue mejores; lo cual es seguir perfectamente la virtud”.²⁵

La generosidad, la estimación de nosotros mismos, nos hace independientes y libres hasta el punto que “sólo hay en nosotros una cosa que puede autorizarnos a estimarnos: el uso de nuestro libre arbitrio y el dominio que tenemos sobre nuestras voluntades; pues sólo por las acciones que dependen de este libre arbitrio podemos ser alabados o censurados; y nos hace en cierto modo semejantes a Dios haciéndonos dueños de nosotros mismos, con tal de que no perdamos por cobardía los derechos que nos da”.²⁶ De esta manera, la vida moral y la búsqueda de la felicidad dependen de la “libre disposición de nuestra voluntad”, y en ello consiste la virtud de la generosidad, la que hace que un hombre se estime en el más alto grado que puede legítimamente estimarse. Descartes reencuentra, así, la magnanimidad (*mégaloopsyche*) de Aristóteles,²⁷ que consiste en un cuidado de nosotros mismos. En la moral cartesiana, la generosidad o el cuidado de nosotros mismos funda la virtud y la responsabilidad del agente moral.

Las reglas de la ética cartesiana son sólo indicaciones sobre cómo hacer un buen uso del libre arbitrio. En la vida ética, el hombre debe ser generoso, es decir, debe usar bien su libertad y querer siempre lo mejor de acuerdo con las circunstancias. De esta manera, Descartes pretende evitar la indecisión y los remordimientos que son, a su juicio, los

únicos que pueden alterar el estado de ánimo y quitar la tranquilidad del espíritu.

El filósofo francés considera que las acciones morales deben apuntar hacia el Sumo Bien. Él señala que el Sumo Bien consiste “en el ejercicio de la virtud o en la posesión de todos los bienes cuya adquisición depende de nuestro libre arbitrio”.²⁸ Si traemos a colación la metáfora aristotélica del arquero, el Bien sería el blanco hacia el cual tenderían las acciones del hombre. Descartes piensa que el contento, que se produce de la adquisición del Sumo bien, es la felicidad. Para alcanzarla, el hombre debe “seguir la virtud, es decir, debe tener una voluntad firme y constante de ejecutar todo cuanto juzgue ser lo mejor y emplear toda la fuerza de su entendimiento para juzgarlo bien”.²⁹ Dicho de otra manera, para tener un contento que sea duradero, el hombre debe autodeterminarse y controlar las pasiones, que pueden ser un obstáculo para la felicidad del espíritu. Así, para ser autónomos y dueños de nosotros mismos debemos controlar las pasiones, para que nuestra conducta atienda los dictados de la razón, sin que interfieran el cuerpo y los objetos externos.

Ahora bien, las pasiones no son desórdenes inevitables o de difícil control. La voluntad, al ser infinita, puede controlar las pasiones; para ello basta con controlar la atención, atender a la razón y evitar los movimientos que proceden del cuerpo:

“Lo que yo llamo sus propias armas (de la voluntad) son juicios firmes y determinados referentes al conocimiento del bien y del mal con arreglo a los cuales la voluntad ha

²⁵ *Las pasiones del alma*, Art.153, A.T., XI, 445-446.

²⁶ *Ibid.*, Art. 152, A.T., XI, 445.

²⁷ *Ética Nicomaquea*, IV, 7-9, 1123^a34 - 1125^a35.

²⁸ Descartes, René. *Carta a Elizabeth del 6 de Octubre de 1645*, A.T., IV, 305.

²⁹ Descartes, René. *Carta a Elizabeth del 18 de Agosto de 1645*, A.T., IV, 277.

decidido conducir las acciones de la vida; y las almas más débiles de todas son aquellas cuya voluntad no se determina así a seguir ciertos juicios, sino que se deja siempre llevar a las pasiones presentes, que, como son con frecuencia contrarias unas a otras, la arrastran sucesivamente a su partido y, empleándolo en combatir contra ella misma, ponen al alma en el estado más deplorable que darse pueda”.³⁰

De esta manera, al ser dueños de nosotros mismos, la felicidad está en nuestro poder y el mal puede ser desterrado de nuestra vida si la voluntad se autocontrola y hace un buen uso de su libre arbitrio.

En la ética cartesiana la libertad de arbitrio es, en un sentido positivo, el principio de la acción moral. Se trata de la libertad que posee el hombre para autodeterminarse y hacer uso de su propia razón. Esta libertad supone la autodeterminación de la voluntad y la capacidad del hombre de servirse de su propia razón sin la dirección de otro. Por esta razón, la ética cartesiana es una moral de la libertad del pensamiento, del pensar libre. Pero esta libertad del pensamiento no debe ser entendida como la libertad del hombre de hacer lo que le plazca o de pensar lo que quiera, sino como la capacidad o el poder que tiene de servirse de su propia razón y de autodeterminarse para escoger lo mejor en sus acciones. ❁

Bibliografía

- Agustín de Hipona, (2001) *Confesiones* (Traducción de Pedro Rodríguez de Santidrián), Madrid, Alianza Editorial.
- Aristóteles, (1995) *Ética Nicomaquea* (Traducción Julio Pallí Bonet), Madrid, Planeta – De Agostini.
- Aristóteles, (1995) *Tratados de lógica* (Traducción Miguel Candel Sanmartín), Madrid, Editorial Gredos.
- Descartes, R., (1996) *Oeuvres de Descartes*. Publiée par Adam & Tannery, Paris, Librairie Philosophique J. Vrin.
- Descartes, R., (1945) *Cartas sobre la moral* (Traducción de Elizabeth Goguel) Buenos Aires, Editorial Yerba Buena.
- Descartes, R., (1992) *Discurso del método* (Traducción de Jorge Aurelio Díaz), Santafé de Bogotá, Editorial Norma.
- Descartes, R., (1990) *El tratado del hombre* (Traducción de Guillermo Quintás), Madrid, Alianza Editorial.
- Descartes, R., (1981) *Las pasiones del alma* (Traducción de Consuelo Gerges), Buenos Aires, Editorial Aguilar.
- Descartes, R., (1995) *Los principios de la filosofía* (Traducción de Guillermo Quintás), Madrid, Alianza Editorial.
- Descartes, R., (1967) *Obras escogidas* (Traducción de Ezequiel de Olaso), Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- Epicteto, (1991) *Enquiridión* (Traducción de José Manuel García de la Mora), Madrid, Editorial Anthropos.
- Kenny, A., (1975) *Will, Freedom and Power*, Oxford, Basil Blackwell.
- Margot, J.P., (2003) *Estudios cartesianos*. México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Margot, J. P., (2005) *Una metafísica del presente*. *Revista Praxis Filosófica*, Santiago de Cali, Nueva Serie, N° 21.
- Margot, J. P., (2007) *La felicidad*. *Revista Praxis Filosófica*, Santiago de Cali, Nueva Serie, N° 25.

³⁰ *Las pasiones del alma*. Art. 48, A.T., XI, 367.